

La calle para el viernes 24 de octubre de 2008
Diario de un espectador
Historia de un setentón
por miguel ángel granados chapa

Horacio Augusto (G. Ch.) nació en Pachuca el 23 de octubre de 1938, y por lo tanto ayer cumplió setenta años. No pudo festejarlos como lo merece porque está hospitalizado en el benemérito Instituto nacional de nutrición que lleva el nombre del doctor Salvador Zubirán, para que se le practique la segunda de tres intervenciones necesarias para eliminar el riesgo de una trombosis. Pero es seguro que, arropado por la amorosa compañía de Obsidiana su esposa y de sus hijas y nietas, haya podido compaginar la alegría de un cumpleaños más con el pesar de un riguroso tratamiento médico por más necesario y bien administrado que sea.

La historia de Horacio Augusto es la historia de un tesón responsable y generoso. Por eso es digna de contarla. Como primogénito de un padre ausente, se vio en el caso de ejercer responsabilidades tempranamente. Muy tempranamente: a los seis años, aun antes de ingresar a la escuela primaria (a la que llegó sabiendo ya leer y escribir, destrezas que le transmitió su madre), fue convertido en aprendiz, en ayudante general en el taller de zapatería de su tío Alfonso, donde cumpliría con escrúpulo sus deberes durante una década completa. No realizaba tareas menores: además de la faena cotidiana en la hechura y reparación de calzado, viajaba a entregar pedidos a Real del Monte y, por lo menos una vez, a Sosa Texcoco, la planta a la que se llegaba desde Pachuca, en el Flecha Roja, pasando por Ecatepec, que entonces se llamaba San Cristóbal. A la entrega de los zapatos recibía el importe pactado por lo que regresaba a Pachuca con mucho más dinero del que un muchacho de doce, catorce años suele manejar.

Tras un paso breve por otro taller de zapatería, fue enrolado como aprendiz en una fábrica de hilados y tejidos de algodón, en que llegó a ser oficial. Tuvo que ganarse a pulso la planta laboral, pues como suplente debía presentarse al comienzo de cada turno (siete de la mañana, cuatro de la tarde y once y media de la noche) en espera de que se le diera trabajo. Podía transcurrir hasta una semana entera en que las peregrinaciones cotidianas resultaran frustradas y a ello seguir la asignación de hasta tres turnos seguidos, a los que no podía negarse so pena de perder su lugar en la lista de espera.

Ya mayor de edad, resolvió reingresar a la secundaria que por impaciencia ante el ausentismo de los profesores había abandonado, y luego emprendió la fatigosa ruta del bachillerato. No habiendo en la escuela preparatoria del Instituto científico y literario autónomo de Hidalgo más que un turno, con clases dispersas a largo del día, Horacio Augusto cubrió durante dos años el turno nocturno, que terminaba a las siete de la mañana. Asistía entonces, y por la tarde a los cursos, y volvía a casa a dormir en los intervalos. Todo ello sin desmedro de su gusto por el canto y el baile, para lo que estaba dotado. Cursó en la Universidad nacional la licenciatura en administración, sin dejar de trabajar, ya como profesor, ya como empleado en empresas e instituciones civiles. Después dedicó su vida al servicio público, como lo hace actualmente en el Metro. Por doquier ha dejado huella de su tesón responsable, que lo caracteriza y que es recordado vivamente por sus compañeros de trabajo.

Además de su contribución sistemática y abnegada al gasto de la casa, fue digna de nota y de gratitud su contribución a la hechura moral de sus hermanos (uno de los cuales es autor de estas líneas) y a su formación para la vida. Hijo de padre ausente, como dijimos, lo suplió sin autoritarismo y sí con dulzura, abriendo mundos y compartiendo alegrías. Cuando se ha convertido en un setentón (palabra menos áspera que septuagenario) deseamos que las alegrías que sembró fructifiquen y lo fortalezcan.